

LA PATA DEL MONO POR W.W. JACOBS

"Ten cuidado con lo que deseas, puede que se te cumpla" -Anónimo

PRIMERA PARTE

Fuera, la noche estaba fría y húmeda, pero en el pequeño salón las cortinas estaban cerradas y el fuego ardía vivamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez; el padre, cuyas ideas sobre el juego implicaban algunas jugadas muy inusuales, ponía al rey en un peligro tan acuciante e innecesario que incluso provocaba el comentario de la anciana de cabello blanco que tejía tranquilamente junto al fuego.

—Escucha el viento —dijo el señor White que, habiendo visto un error que podía costarle el partido cuando fuera demasiado tarde, intentaba evitar que su hijo lo viera.

—Lo escucho —dijo el hijo, estudiando seriamente el tablero mientras estiraba la mano—. Jaque.

—No creo que venga esta noche —dijo su padre, con la mano en alto sobre el tablero.

—Mate —respondió el hijo.

—¡Eso es lo peor de vivir tan lejos! —exclamó el señor White con súbita e inesperada violencia—. De todos los horribles lugares apartados donde vivir, este es el peor. No se puede caminar por el sendero sin quedarse atascado en el barro, y la carretera es un pantano. No sé en qué piensa la gente. Supongo que no les importa porque sólo en dos casas de la calle vive gente.

—No te aflijas, querido —dijo su esposa con calma—; quizás la próxima ganes.

El señor White alzó la vista bruscamente, justo a tiempo para ver una mirada cómplice entre madre e hijo. Las palabras se le desvanecieron en los labios, y ocultó una sonrisa culpable en su rala barba gris.

—Ahí está —dijo Herbert White cuando el portón se cerró con fuerza y unos pesados pasos se acercaron a la puerta.

El anciano se levantó rápidamente y, al abrir la puerta, se le oyó decirle al recién llegado lo mucho que lamentaba su reciente pérdida. El recién llegado habló de su tristeza, de modo que la señora White pronunció un "¡Tut, tut!" y tosió suavemente cuando su marido entró en la habitación seguido de un hombre alto, fornido y de aspecto fuerte, cuya piel tenía el saludable color rojizo asociado a la vida al aire libre y cuyos ojos mostraban que podría ser un enemigo peligroso.

—Sargento mayor Morris —dijo, presentándole a su esposa y a su hijo, Herbert.

El sargento mayor les estrechó la mano y, tomando el asiento que le ofrecían junto al fuego, observó con satisfacción cómo el señor White sacaba whisky y vasos.

Después del tercer vaso, los ojos se le volvieron más brillantes y comenzó a hablar. La familia, ubicada en círculo, escuchaba con creciente interés a este visitante proveniente de lugares lejanos, mientras acomodaba los anchos hombros en la silla y hablaba de escenas salvajes y actos valientes; de guerras y pueblos desconocidos.

—Hace veintiún años —dijo el señor White, mirando a su mujer y a su hijo—. Cuando se fue era un joven delgado. Mírenlo ahora.

—No parece que le haya sentado tan mal —dijo amablemente la señora White.

—A mí también me gustaría ir a la India —dijo el anciano—, solo para dar un vistazo, ya saben.

—Mejor donde está —le respondió el sargento mayor, negando con la cabeza. Dejó el vaso vacío y, suspirando suavemente, volvió a negar.

—Me gustaría ver esos templos antiguos y los faquires y los animadores callejeros —dijo el anciano—. ¿Qué era aquello que empezó a contarme el otro día sobre una pata de mono o algo así, Morris?

—Nada —contestó apresuradamente el soldado—. Al menos, nada que valga la pena escuchar.

—¿Pata de mono? —preguntó la señora White con curiosidad.

—Bueno, es lo que quizás podría llamarse magia —dijo el sargento mayor, sin detenerse a pensarlo.

Sus tres oyentes se inclinaron hacia delante con entusiasmo. Absorto en sus pensamientos, el visitante se llevó el vaso vacío a los labios y luego volvió a dejarlo. El señor White se lo llenó de nuevo.

—A la vista —dijo el sargento mayor, tanteando en su bolsillo—, no es más que una patita momificada común y corriente.

Sacó algo de su bolsillo y se los mostró. La señora White retrocedió asqueada, pero su hijo la tomó y la examinó con curiosidad.

—¿Y qué tiene de especial? —preguntó el señor White quien, luego de quitársela a su hijo y, tras examinarla, la puso sobre la mesa.

—Un viejo faquir la hechizó —dijo el sargento mayor— un hombre muy santo... Quería demostrar que el destino rige la vida de las personas y que quienes trataran de cambiarlo lo lamentarían. La hechizó para que tres hombres diferentes pudieran pedir tres deseos cada uno.

La forma en que relató la historia demostraba que se la creía de verdad, y sus oyentes se dieron cuenta de que sus risitas estuvieron fuera de lugar y le molestaron un poco.

—Bueno, ¿por qué no pide tres, señor? —le preguntó Herbert, astutamente.

El soldado lo miró de la manera en que los de mediana edad suelen mirar a los jóvenes irrespetuosos. —Ya lo he hecho —dijo en voz baja, y palideció.

—¿Y realmente se le concedieron los tres deseos? —preguntó la señora White.

—Se cumplieron —respondió el sargento mayor y golpeó el vaso contra sus fuertes dientes.

—¿Y alguien más ha pedido los deseos? —continuó la anciana.

—El primer hombre pidió sus tres deseos. Así es —le respondió—. No sé cuáles fueron los dos primeros, pero el tercero fue morir. Así fue como conseguí la pata.

Habló con una voz tan seria que el grupo se quedó callado.

—Si usted ya pidió sus tres deseos, ahora no le sirve de nada, Morris —dijo finalmente el anciano—. ¿Para qué la guarda?

El soldado negó con la cabeza. —Supongo que sólo por capricho —dijo lentamente—. He pensado en venderla, pero no creo que lo haga. Ya me ha causado bastantes problemas. Además, la gente no la va a comprar. Algunos piensan que es sólo un cuento; y quienes sí creen un poco quieren comprobarlo primero y pagarme después.

—Si pudiera pedir otros tres deseos —dijo el anciano, observándolo atentamente— ¿los pediría?

—No lo sé —respondió el otro—. No lo sé.

Tomó la pata y, sujetándola entre el dedo índice y el pulgar, la arrojó de repente al fuego. El señor White, con un débil grito, se agachó rápidamente y la retiró.

—Mejor dejar que se queme —dijo el soldado con tristeza, pero de una manera que les dio a entender que estaba convencido de ello.

—Si no la quiere, Morris —dijo el otro—, démela a mí.

—No lo haré —respondió su amigo con obstinada determinación—. La arrojé al fuego. Si se la queda, no me haga responsable de lo que pase. Tírela al fuego como un hombre sensato.

El otro negó con la cabeza y examinó detenidamente su posesión. —¿Cómo lo hace? —le preguntó.

—Levántela con la mano derecha y pronuncie su deseo en voz alta para que lo escuchen —dijo el sargento mayor—, pero le advierto de lo que puede pasar.

—Suenas como a las *Mil y una noches* —dijo la señora White, mientras se levantaba y empezaba a preparar la cena—. ¿No crees que podrías desear cuatro pares de manos para mí?

Su marido sacó el talismán del bolsillo y los tres se rieron a carcajadas cuando el sargento mayor, con cara de alarma, lo tomó del brazo.

—Si va a pedir un deseo —le exigió—, desee algo sensato.

El señor White volvió a dejarlo en el bolsillo y, colocando las sillas, le indicó a su amigo que se acercara a la mesa. Durante la cena, prácticamente se olvidaron del talismán y, después, los tres se sentaron fascinados a escuchar sobre otras aventuras del soldado en la India.

—Si el cuento de la pata del mono no es más veraz que aquellos que nos ha estado contando —dijo Herbert, cuando la puerta se cerró tras el invitado, justo a tiempo para que tomara el último tren—, no sacaremos mucho provecho de ella.

—¿Le diste algo a cambio, querido? —preguntó la señora White, observando a su marido con atención.

—Algo de dinero —le respondió, ruborizándose ligeramente—. No lo quería, pero lo obligué a aceptarlo. E insistió en que la tirara a la basura.

—¡No sucederá! —dijo Herbert, con fingido horror—. Vamos a ser ricos, famosos y felices. —Y, sonriendo, agregó—: Para empezar, tienes que pedir convertirte en rey, papá; así mamá ya no se podrá quejar todo el tiempo.

Corrió rápidamente alrededor de la mesa, perseguido por la risueña señora White armada con un trapo.

El señor White sacó la pata del bolsillo y la miró dubitativo. —No sé qué desear, y eso es un hecho —dijo lentamente—. Me parece que tengo todo lo que quiero.

—Si saldaras la deuda de la casa, serías muy feliz, ¿verdad? —dijo Herbert, apoyándole la mano en el hombro—. Bueno, desea doscientas libras, entonces; eso será suficiente.

Su padre, sonriendo y con una mirada avergonzada por su insensatez al creer la historia del soldado, levantó el talismán. Herbert, con una seriedad en el rostro estropeada únicamente por una rápida sonrisa a su madre, se sentó al piano y tocó unos cuantos acordes graves.

—Deseo tener doscientas libras —pronunció claramente el señor White.

Un gran estruendo del piano respondió a sus palabras y el señor White pegó un grito asustado. Su mujer y su hijo corrieron hasta él.

—¡Se movió! —exclamó, mirando horrorizado el objeto que yacía en el suelo—. A medida que pedía el deseo, se me retorcía en la mano como una serpiente.

—Bueno, yo no veo el dinero —le dijo su hijo, mientras lo recogía y lo ponía sobre la mesa— y apuesto a que nunca lo veré.

—Debe de haber sido tu imaginación, querido —le dijo la esposa, mirándolo con preocupación.

Negó con la cabeza. —No se preocupen, no pasó nada, pero igualmente me ha dado un susto.

Se sentaron de nuevo junto al fuego mientras los dos hombres terminaban sus pipas. Fuera, el viento soplaba más fuerte que nunca, y el anciano dio un salto nervioso al oír el golpe de una puerta en el piso de arriba. Un silencio inusual y deprimente se apoderó de los tres, que duró hasta que los ancianos se levantaron para irse a la cama.

—Supongo que encontrarán el dinero en efectivo atado en una gran bolsa en medio de su cama —dijo Herbert, mientras les deseaba buenas noches—, y algo horrible encima de su armario observándolos mientras se embolsan el dinero mal habido.

Herbert, que normalmente tenía un carácter bromista y a quien no le gustaba tomarse las cosas demasiado en serio, se sentó solo en la oscuridad a observar el fuego que se extinguía. Vio rostros en él; el último tan horrible y tan parecido al de un mono que lo miró con asombro. Se hizo tan evidente que, con una risa nerviosa, buscó en la mesa a tientas un vaso con un poco de agua para echárselo. Sin querer, tocó la pata del mono, se estremeció, se limpió la mano en su abrigo y subió a la cama.

SEGUNDA PARTE

A la mañana siguiente, bajo el brillo del sol invernal que iluminaba la mesa del desayuno, se rio de sus temores. El ambiente en la habitación era el de siempre, y se respiraba un aire de salud y felicidad que no había la noche anterior. La patita sucia y reseca estaba tirada sobre el mueble con una despreocupación que indicaba que nadie creía que sirviera.

—Supongo que todos los viejos soldados son iguales —dijo la señora White—. ¡Qué idea la nuestra de escuchar esas tonterías! ¿Cómo se van a conceder deseos en estos días? Y si se concedieran, ¿qué mal podrían hacer doscientas libras, querido?

—Podrían caerle en la cabeza desde el cielo —dijo Herbert.

—Morris dijo que las cosas sucedieron de forma tan natural —dijo su padre—, que, si uno quisiera, podría no ver la relación.

—Bueno, no te vayas a encontrar con el dinero antes de que vuelva —dijo Herbert mientras se levantaba de la mesa para ir a trabajar—. Temo que te convierta en un viejo malvado y codicioso, y que tengamos que decirle a todo el mundo que no te conocemos.

Su madre se echó a reír, y siguiéndolo hasta la puerta, lo vio bajar por el camino y, al volver a la mesa de desayuno, se sintió muy contenta a costa de la disposición de su marido a creerse tales historias. Nada de eso le impidió apresurarse hasta la puerta cuando llamó el cartero ni, cuando comprobó que el correo solo traía una factura, hablar de cómo los sargentos mayores pueden desarrollar malos hábitos de consumo de alcohol después de dejar el ejército.

—Me parece que Herbert tendrá tema para sus bromas cuando llegue a casa —dijo ella mientras se sentaban a cenar.

—Sin dudas —dijo el señor White, sirviéndose un poco de cerveza—. Aunque la pata se movió en mi mano. Lo juro.

—Creíste que se movió —dijo la anciana, tratando de tranquilizarlo.

—Te digo que se movió —respondió el otro—. No lo imaginé; solo había... ¿Qué pasa?

Su mujer no respondió. Ella observaba los movimientos misteriosos de un hombre en el exterior que, mirando la casa con indecisión, parecía que intentaba decidirse a entrar. Pensó en las doscientas libras y se dio cuenta de que el desconocido estaba bien vestido y llevaba una galera nueva y reluciente. Se detuvo tres veces brevemente en el portón, y luego volvió a caminar. La cuarta vez se quedó con la mano sobre él y luego, con súbita resolución, lo abrió de un empujón y recorrió el camino. Al mismo tiempo, la señora White se colocó las manos por detrás, se apresuró a desatar los lazos de su delantal y lo puso bajo el almohadón de su silla.

Hizo entrar en la habitación al desconocido, que parecía un poco incómodo. La miró de una manera que transmitía que había algo sobre su propósito que quería mantener en secreto, y parecía estar pensando en otra cosa cuando la anciana le dijo que lamentaba el aspecto de la habitación y que el abrigo que su marido solía llevar en el jardín estuviera allí. Entonces esperó con toda la paciencia que su sexo le permitía a que él expusiera sus asuntos, pero al principio guardó un extraño silencio.

—Me pidieron que llamara —dijo por fin, y se agachó y recogió un trozo de algodón de su pantalón—. Vengo de 'Maw and Meggins'.

La anciana dio un salto repentino, como alarmada. —¿Pasa algo? —preguntó sin aliento—. ¿Le ha pasado algo a Herbert? ¿De qué se trata? ¿De qué se trata?

Su marido habló antes de que el hombre pudiera responder. —Espera, querida —se apresuró a decir—. Siéntate y no saques conclusiones precipitadas. Supongo que no nos traerá malas noticias, señor. —Y miró al otro, a la espera de las malas noticias, pero deseando estar equivocado.

—Lo siento... —comenzó a decir el visitante.

—¿Está herido? —preguntó la madre descontroladamente.

El visitante bajó y levantó la cabeza una vez en señal de afirmación. —Malherido —dijo en voz baja—, pero no siente ningún dolor.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo la anciana, juntando las manos con fuerza. —¡Gracias a Dios! Gracias...

Se interrumpió cuando le vino a la mente el sentido trágico de que su hijo no sintiera dolor. El hombre había girado apenas la cabeza para no mirarla directamente, pero ella vio la terrible verdad en su rostro. Recuperó el aliento y, volviéndose hacia su marido, que aún no comprendía lo que quería decir el hombre, puso su mano temblorosa sobre la de él. Hubo un largo silencio.

—Quedó atrapado en la maquinaria —dijo el visitante en voz baja.

—Atrapado en la maquinaria —repitió el señor White, demasiado conmocionado para pensar con claridad—. Sí.

Se sentó y se quedó mirando por la ventana; tomó la mano de su mujer entre las suyas y la apretó como solía hacer cuando intentaba ganarse su amor antes de casarse, hacía casi cuarenta años.

—Era el único que nos quedaba —dijo, volviéndose amablemente hacia el visitante—. Es difícil.

El otro tosió, se levantó y se dirigió lentamente a la ventana. —La empresa desea que les transmita la gran tristeza que siente por su pérdida —dijo, sin mirar a su alrededor—. Les pido por favor que entiendan que yo sólo estoy a su servicio y que simplemente estoy haciendo lo que me indicaron que hiciera.

No hubo respuesta; la anciana tenía el rostro pálido, los ojos fijos y no se oía su respiración; el marido tenía en el rostro una mirada como la que su amigo, el sargento mayor, podría haber llevado en su primera batalla.

—Iba a decirles que Maw and Meggins no acepta ninguna responsabilidad —continuó el otro—. Sin embargo, aunque no creen que tengan la obligación legal de indemnizarlos por su pérdida, en vista de los servicios de su hijo, desean obsequiarles una determinada suma.

El señor White soltó la mano de su esposa y, poniéndose de pie, miró horrorizado a su visitante. Con los labios secos, dio forma a la palabra “¿Cuánto?”.

—Doscientas libras —fue la respuesta.

Sin escuchar el grito de su mujer, el anciano sonrió débilmente, extendió los brazos como un ciego y se desplomó en el suelo.

TERCERA PARTE

En el enorme cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, la pareja mayor enterró a su muerto, y volvió a la casa que ahora estaba llena de sombras y silencio. Todo pasó tan rápido que, al principio, apenas cayeron en la cuenta y permanecieron a la espera de que ocurriera algo más, algo que debía aligerar esta carga, demasiado pesada para los viejos corazones.

Pero los días pasaban y se dieron cuenta de que tenían que aceptar la situación: la aceptación sin remedio de la vejez. A veces apenas se decían una palabra, pues ahora no tenían nada de qué hablar, y sus días eran largos hasta el cansancio.

Fue aproximadamente una semana después cuando el anciano, al despertarse repentinamente en la noche, extendió la mano y se encontró solo. La habitación estaba a oscuras, y pudo oír el sonido que hacía su esposa, que lloraba discretamente junto a la ventana. Se irguió en la cama y escuchó.

—Vuelve aquí —le dijo con ternura—. Te enfriarás.

—Mi hijo siente más frío —dijo la anciana, que empezó a llorar de nuevo.

Los sonidos del llanto se apagaron en sus oídos. La cama estaba tibia, y tenía los ojos pesados por el sueño. Al principio se dormitó y luego se durmió completamente, hasta que un repentino grito descontrolado de su esposa lo despertó con un sobresalto.

—¡LA PATA! —exclamó descontroladamente—. ¡LA PATA DE MONO!

Él se despertó sobresaltado. —¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué pasa?

La señora casi se cayó al cruzar a toda prisa la habitación hacia él. —La quiero —dijo en voz baja—. ¿No la has destruido?

—Está en el salón, en la estantería sobre la chimenea —le respondió—. ¿Por qué?

Lloró y rio a la vez, e inclinándose, le besó la mejilla.

—Se me acaba de ocurrir —le dijo—. ¿Por qué no se me ocurrió antes? ¿Por qué no se te ocurrió?

—¿Qué cosa? —preguntó él.

—Los otros dos deseos —respondió ella rápidamente—. Sólo pedimos uno.

—¿Acaso no fue suficiente? —le preguntó él enfadado.

—No —gritó emocionada—. Pediremos uno más. Baja a buscarla rápido y desea que nuestro hijo esté vivo de nuevo.

El hombre se sentó en la cama y se quitó las mantas de las temblorosas piernas. —¡Dios mío, estás loca! —gritó horrorizado.

—Consíguela —insistió ella, respirando rápidamente—; consíguela rápidamente y pide que... ¡Oh, mi niño, mi niño!

Su marido encendió una cerilla y prendió la vela. —Vuelve a la cama —le dijo con voz temblorosa—. No sabes lo que estás diciendo.

—Se nos concedió el primer deseo —dijo la anciana, desesperada—; ¿por qué no el segundo?

—Fue una c-c-coincidencia —dijo el anciano.

—Ve a buscarla y pide el deseo —le gritó su mujer, temblando de emoción.

El anciano se volvió y la miró, y le tembló la voz. —Lleva diez días muerto, y además él... no te lo dije antes, pero sólo pude reconocerlo por su ropa. Si su estado era tan terrible para que lo vieras entonces, ¿cómo lo verías ahora?

—Tráelo de vuelta —gritó la anciana, y tiró de él hacia la puerta—. ¿Crees que le temo al hijo que he amamantado?

El anciano bajó en la oscuridad, tanteando el camino hasta el salón y luego hasta la chimenea. El talismán estaba en su lugar en el estante, y entonces le sobrevino el horrible temor de que el deseo no expresado trajera el cuerpo desmembrado de su hijo ante él antes de que pudiera escapar de la habitación. Recuperó el aliento al comprobar que se había desorientado y no encontraba la puerta. Con la frente fría por el sudor, tanteó la mesa y las paredes hasta que se encontró al pie de la escalera con el objeto maligno en la mano.

Incluso el rostro de su esposa le parecía que había cambiado cuando entró en la habitación. Se encontraba pálida y expectante y, para su temor, parecía tener un aspecto antinatural. Tenía miedo de ella.

—¡PIDE EL DESEO! —gritó la mujer con voz fuerte.

—Esto es absurdo y perverso —dijo él débilmente.

—¡PIDE EL DESEO! —repitió su mujer.

Él levantó la mano. —Deseo que mi hijo vuelva a vivir.

El talismán cayó al suelo y el hombre lo miró con temor. Luego se hundió en una silla y la anciana, con la mirada encendida, se dirigió a la ventana y abrió las cortinas.

Él se quedó sentado hasta que no pudo soportar más el frío, mirando de vez en cuando la figura de su esposa que observaba por la ventana. La vela, que casi se había consumido completamente, proyectaba sombras móviles en la habitación. Cuando la vela finalmente se apagó, el anciano, con una inexplicable sensación de alivio por el fracaso del talismán, volvió lentamente a su cama y, un minuto después, la anciana se acercó en silencio y se acostó sin mucho movimiento a su lado.

Ninguno de los dos habló, sino que se quedaron en silencio escuchando el tic-tac del reloj. No oían nada más que los sonidos normales de la noche. La oscuridad era deprimente, y después de permanecer acostado un rato armándose de valor, el marido tomó la caja de cerillas y, tras encender una, bajó a buscar otra vela.

Al pie de la escalera se le apagó la cerilla, se detuvo para encender otra y, en ese mismo momento, sonó un golpe en la puerta principal. Era tan bajo que sólo se oía en el piso de abajo, como si el que llamaba quisiera mantener su llegada en secreto.

Las cerillas se le cayeron de la mano. Permaneció inmóvil, sin respirar siquiera, hasta que repitieron el golpe. Luego se dio la vuelta, corrió rápidamente hasta su habitación y cerró la puerta tras de sí. Un tercer golpe resonó en la casa.

—¿QUÉ FUE ESO? —gritó la anciana, incorporándose rápidamente.

—Una rata —dijo el hombre temblando—, una rata. Me la crucé en las escaleras.

Su mujer se sentó en la cama para escuchar. Un golpe fuerte resonó en la casa.

—¡Es Herbert! —gritó—. ¡Es Herbert!

Corrió hasta la puerta, pero su marido llegó allí antes que ella y, tomándola por el brazo, la sujetó con fuerza. —¿Qué vas a hacer? —le preguntó con voz baja y temerosa.

—¡Es mi hijo; es Herbert! —gritó ella, forcejeando automáticamente—. Olvidé que estaba a dos millas de distancia. ¿Por qué me retienes? Suéltame. Tengo que abrir la puerta.

—Por el amor de Dios, no lo dejes entrar —gritó el hombre, temblando de miedo.

—Le tienes miedo de tu propio hijo —gritó forcejeando—. Déjame ir. Ya voy, Herbert; ya voy.

Hubo otro golpe, y otro. La anciana, con un brusco tirón, se soltó y salió corriendo de la habitación. Su marido la siguió hasta lo alto de la escalera y la llamó mientras bajaba a toda prisa. Oyó cómo se retiraba la cadena y se abría la cerradura inferior. Luego la voz de la anciana, desesperada y respirando con dificultad.

—La cerradura superior —gritó a toda voz—. Baja. No puedo alcanzarla.

Pero su marido estaba de rodillas tanteando el suelo en busca de la pata. Si sólo pudiera encontrarla antes de que lo que estaba afuera entrara. Los golpes llegaban ahora muy rápidamente haciéndose eco en la casa, y oyó el ruido de su mujer que movía una silla y la apoyaba contra la puerta. Oyó el movimiento de la cerradura cuando ella empezó a abrirla y, en el mismo momento, él encontró la pata del mono, y exhaló frenéticamente su tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de repente, aunque sus ecos permanecieron en la casa. Oyó cómo se retiraba la silla y se abría la puerta. Un viento frío subió por la escalera, y el largo y fuerte grito de decepción y dolor de su esposa le dio el valor para bajar corriendo a su lado, y luego hasta el portón. La farola de enfrente brillaba en una calle tranquila y desierta.

Fuente: Jacobs, W.W. (1902). The monkey's paw. Gutenberg press. Extraído de: <https://www.gutenberg.org/ebooks/12122>